

¿Pero más que a Panfila?
ESQU. De igual modo.
MICI. Eso es mucho.
ESQU. Mas di . . . ¿dónde se halla
ese hombre que vive allá en Mileto?
MICI. Se fué, embarcóse y naufragó. ¿Qué aguardas?
ESQU. Tú más bien, padre mío, a las deidades
tu súplica esta vez dirige y alza.
Seguro estoy, puesto que vales tanto
y mucho más que yo, que sin tardanza
serás luego escuchado.
MICI. Adentro vóime
para ordenarlo todo. Tú te marchas
a hacer lo que te he dicho. Sé discreto.

ACTO CUARTO. Escena V.

TERENCIO.



Filoctetes.

FILO. ¡Oh claridades
que suceden al sueño! ¡Oh dignos huéspedes
que vuelvo a ver velando tan leales
por mí, y a quienes nunca ya esperaba
tornar de nuevo a ver! Jamás bastante
piadoso y con valor para con gusto
permanecer aquí, sufrir mis males,
asistirme y venir así en mi ayuda,
hubiérate creído. Tan constantes
me han sido los atridas enemigos
en sostener mi mal. ¡Esos tan grandes
y generosos héroes! Tú, hijo amado
de noble corazón, digno carácter,
de antigua raza descendiente ilustre,
las molestias que puedo yo causarte,
en nada, pues tuvieras; sin enfado
oiste de mis labios fieros ayes,
y no apartaste de mi sucia herida
la vista, aunque sentiste inevitable
repugnancia. Y ahora que parece
que el mal que sufro quiere abandonarme,
y una tregua me da, tus propias manos
generosas del suelo me levanten
y colóquenme en pie, para que en breve

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

- repuesto un tanto, hasta la ansiada nave lleguemos, y sin más demora alguna devoremos las olas de los mares.
- NEOPTOLEMO.** Cual no esperaba, no, pláceme verte libre ya de tormentos tan fatales y vuelto así a la vida: en esa crisis de que saliste al cabo, presentaste la situación del hombre que no alienta; mas ahora, tú mismo ya levántate, y si así lo prefieres, esos hombres te llevarán consigo a nuestra nave. Ante la pena que te aflige, inmensa, no vacilan al ver que por mi parte y la tuya, aprobamos que lo hagan.
- FILOCTETES.** A tu piedad mi gratitud es grande, hijo mío. Levántame tú ahora cual era tu propósito, y marcharse deja luego a esos hombres; no, no quiero que esta úlcera llegue a molestarles hasta ser ya preciso. Muy penosa mi compañía ha de serles en la nave.
- NEOPTOLEMO.** Sea cual quieres; levántate y apóyate en mi brazo tú mismo.
- FILOCTETES.** No te afanes, no temas; la costumbre ya algo vieja con su auxilio también viene a ayudarme.
- NEOPTOLEMO.** ¿Qué debo hacer, oh dioses? ¡dura suerte!
- FILOCTETES.** ¿Qué tienes, hijo, dí? ¿Dónde que vaguen tus palabras ya dejas?
- NEOPTOLEMO.** No sé el giro, en mi embarazo, que podría yo darle a lo que tengo que decir.
- FILOCTETES.** ¿Qué sientes?
Habla luego.
- NEOPTOLEMO.** No acierto cuál lenguaje en tan penosa situación.....
- FILOCTETES.** Sin duda, esta penosa enfermedad te hace disuadir de mi estancia pasajera en tu raudo bajel; de en él llevarme.

- NEOPT.** A quien su propio natural desmiente en la acción que se opone a su carácter, penoso todo es.
- FILOC.** Nada que indigno de tu buen padre fuera, es lo que haces ni lo que dices, tu socorro dando a un hombre que es de bien.
- NEOPT.** Temo me alcance la deshonra: este amargo pensamiento ha tiempo ya que acude a atormentarme.
- FILOC.** No será por tus actos; pero témome que podrá serlo al cabo por tus frases.
- NEOPT.** ¡Oh, Júpiter! ¿Qué hacer? ¿Por vez segunda podré llegar a ser vil y culpable, callando la verdad, o bien valiéndome de la indigna mentira?
- FILOC.** A no engañarse mi juicio, en verdad que el hombre este quiere hacerme traición, al fin marchándose sin mí; parece que decide, y solo en mi infortunio me abandona.
- NEOPT.** ¡Cállate!
no mi abandono sufrirás, mas temo que las rudas fatigas del viaje motivo puedan ser de que más sufras. Tal idea tormento viene a darme.
- FILOC.** ¿Qué dices? No te entiendo... claro explícate.
- NEOPT.** ¡Oh, nada, nada quiero ya ocultarte! Es preciso me sigas ante Troya, al campo donde tienen sus reales los Atridas, a verte entre los griegos.
- FILOC.** ¡Desdichado de mí! ¡qué de eso trates!
- NEOPT.** Sin conocer los hechos no te quejes.
- FILOC.** ¿Qué quieres que yo sepa? Di ¿qué planes formaste sobre mí?
- NEOPT.** Quiero ante todo lograr tu curación; luego más tarde asolar yo contigo esas llanuras de la enemiga Troya.

- NEOPT. Por este hombre
una profunda compasión me habla
y no es de ahora. . . . de lejanos tiempos.
- FILOC. En nombre de los dioses hijo mío,
escucha esa piedad, y no te llames
la deshonra ante el mundo de ese modo
que avergüenza e infama, así engañándome.
- NEOPT. ¿Qué he de hacer? ¡ay que nunca abandonara
a Scyros, sí, pluguiese a las deidades!
Abrúmame tan dura alternativa.
- FILOC. Tú un malvado no eres; criminales
son más bien los que así te han inducido
a cometer el daño. Hoy pues dejarles
la vergüenza a ellos debes, y mis armas
devolverme, y después cruzar los mares.
- NEOPT. ¿Qué haremos hijos de la Grecia, ahora?

ESCENA VIII.

SOFOCLES.



La Orestíada.

CLYTEMNESTRA Ciudadanos venerables, honor de Argos, que estáis reunidos aquí: no me sonrojaré de mostrar en vuestra presencia el amor que siento por mi esposo. Con los años también la apocada timidez desaparece. De mí lo aprendí, que no de otras, la angustiosa vida que voy a pintaros; tan larga como lo fueron los años que pasó éste en Ilion. Ante todo ¡qué horrenda desdicha para una mujer, morar en la casa desierta, sola y separada de su marido! ¡Y luego, de continuo estar oyendo rumores siempre odiosos! Viene uno y trae una mala nueva; viene otro y propala otra aún peor. A haber recibido este hombre tantas heridas como la fama corrió aquí en Argos, bien pudiera decir que estaba más agujereado que una red de mallas. Pues si hubiese sido muerto tantas veces como se dijo en la ciudad, podría jactarse de que era un segundo Gerión con tres cuerpos, que había usado tres túnicas acá en vida; y no

quiero nablar de la que se viste debajo de tierra, y que bajo cada una de estas tres formas había muerto una vez. Por causa de estas voces, siempre siniestras, en más de una ocasión vinieron manos extrañas a desatar de mi cuello, a pesar de mi resistencia, el lazo con que hubiese querido quitarme la vida. ¡Ahí tienes también por qué no se halla a mi lado, según era razón, nuestro hijo Orestes, cara prenda de tu fe y de la mía. No te asombre. Tu fiel amigo y aliado Estrophio el Phocense le está educando: Hízome comprender el mal que por entre ambas partes me amenazaba; los peligros que tú corrías en Ilión, y el riesgo de un alboroto popular que derribase el consejo y entronizase la anarquía; que es condición humana pisotear más y más al caído. Esta es la razón; ni imagines que en ello hay engaño. En cuanto a mí, aquellos raudales de lágrimas, que brotaban de mis ojos, secáronse ya; no queda ni una gota. ¡Cuánto padecieron mis ojos en aquellas largas noches de desvelo! ¡Cuánto he llorado por tu amor aquellas encendidas señales, para mí siempre frustradas! Y si por ventura dormía, el tenue rumor de las alas de un mosquito, que zumbase a mi oído, hacía me despertar sobresaltada, y entonces veía venir sobre ti males mayores que los que me representaba el sueño. Mas después de haber sufrido todos estos dolores, ahora ya, libre el alma de penas, te puedo decir: esposo mío que aquí estás, tú eres para mí el perro de este establo; el cable salvador de la nave, firme columna de esta alta techumbre; lo que el hijo único para un padre; tierra que aparece a los navegantes contra toda esperanza; día hermosísimo a los ojos después de la tormenta; manantial de agua viva para el sediento caminante. ¡Qué dulce es haber escapado ya de todo peligro! Merecedor eres de que te salude con estos requiebros, y no haya en mi pre-

sencia quien se atreva a afearlo. ¡Sobradas desdichas hemos padecido antes! Amado mío apeate ya de ese carro; mas no pongas en el suelo, oh rey, la planta que ha hollado a la devastada Ilión. Esclavas, ¿cómo tardáis en hacer vuestro oficio y cubrir de alfombras la carrera? Al punto tiéndase de rica púrpura el camino que ha de seguir hasta la mansión que ya no esperaba recibirle. Que se le haga el acogimiento que pide la justicia. Lo demás que el destino tiene decretado, queda a mi cuidado vigilante, que lo dispondrá a su hora con el ayuda de los dioses.

AGAMEMN. Hija de Leda, guarda de mi casa, cierto que tu discurso se asemejó a mi ausencia; largamente has hablado. Mas si es que en justicia merezco yo esas alabanzas, tal honor debía venir más bien de los extraños. Por otra parte, no me trates muellemente a lo mujer, ni me recibas a estilo de rey bárbaro con voces descompasadas, y serviles adoraciones. No quieras hacer odiosa mi entrada a la ciudad, tendiendo a mi paso espléndidas alfombras. Hónrese a los dioses con esos homenajes, que a ellos les son debidos: ¡pero un mortal caminar sobre rica y bordada púrpura! Jamás podría yo hacerlo sin temblar. Como a hombre y no como a dios, quiero que se me honre. La fama publica ya mi gloria sin necesidad de lujosos estrados; y, en fin, la modestia es el don más precioso de los dioses. Dichoso tan solo se puede llamar aquel que acaba su vida en serena bienandanza. Si en todo obrase yo como ahora, bien podía esperar un fin afortunado.

CLYTEMN. No te opongas a lo que es mi voluntad.

AGAMEMN. Ten por seguro que no quebrantaré mi resolución.

CLYTEMN. ¿Por ventura hiciste voto de obrar así, temiendo a los dioses?

AGAMEM. Al anunciar mi resolución, sé bien por qué lo hago.

CLYTEMN. A dar cima a lo que tú has alcanzado, ¿qué te parece a ti que hubiese hecho Priamo?

AGAMEM. Paréceme que sin dudar habría hecho su entrada sobre alfombras.

GLYTEMN. Déjate de tímidos respetos a las censuras de los hombres.

AGAMEM. ¡Es tan poderosa la voz del pueblo!

CLYTEMN. No es digno de envidia el que no es envidiado.

AGAMEM. Ni propio de una mujer andar deseosa de disputa.

CLYTEMN. Pero sí le sienta bien al afortunado dejarse vencer.

AGAMEM. En fin, ¿qué, en tanto estimas tú la victoria en esta contienda?

CLYTEMN. Cede a mis ruegos. Déjame de buen grado esta victoria.

AGAMEM. Pues que así te place, que me desaten luego al punto este calzado, que va sufriendo servil el peso de mis pies. No quiero que ninguno de los dioses lance sobre mí desde los altos cielos una mirada de odio al verme caminando sobre esas alfombras de púrpura. Grande vergüenza sería enviciar mi cuerpo, hollando con mi planta la opulencia de esos ricos tejidos a subidísimo precio comprados. Y basta de esto.

CLYTEMN. Ahí está el mar donde se forma el manantial perenne y abundoso de la púrpura preciosísima con que se tiñen estas alfombras; y ¿quién habrá que piense en agotarle? Además, señor, y gracias a los dioses, nuestra casa abunda en tales tesoros, y nunca supo lo que es pobreza. Y ¡cuántos ricos tapices no hubiese hecho voto de destrozar bajo mis pies a haberme dicho los oráculos que éste era el precio de tu salvación y de tu vuelta, alma querida! Que mientras viven las raíces, las ramas florecen y suben hasta lo alto de la casa, y con la sombra de sus

hojas la guarecen de los ardores de la canícula. Y vuelto tú al hogar, tu sola presencia, amo y señor de esta casa, es rayo de sol que abriga en el invierno; frescor suave que refrigera cuando Zeus hace cocer el vino en el seno de la verde uva. ¡Zeus! ¡oh Zeus, por quien todas las cosas llegan a su fin, haz que se cumplan mis votos; vela porque se consume lo que ya tienes decretado! (*Vánse Agamemnon y Clytemnestra.*)

ESCHYLO

Trad. de D. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA Y SALVATIERRA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"JOSÉ REYES"
MONTERREY, MEXICO

Prometeo

encadenado.

PROMETHEO. ¡Oh divino éther, y alígeras auras, y fuentes de los ríos, y perpetua risa de las marinas ondas; y tierra, madre común, y tú, ojo del sol omnividente; yo os invoco. Vedme cuál padezco, dios como soy, por obra de los dioses. Contemplad cargado de qué oprobios lucharé por espacio de años infinito. Tal infame cadena tuvo para mí el rey de los felices. ¡Ay! ¡que lamento el mal presente y también el futuro! ¿Cuándo asomará el término de mis penas? Mas ¿qué digo? Cuanto ha de suceder, bien lo sé de antemano: ningún mal inesperado me avendrá. Forzoso me es llevar mi destino lo mejor que pueda, como quien conoce que el rigor del hado es invencible. Con todo ello ni puedo hablar de mis desdichas, ni soy poderoso a callarlas. Sin ventura yo que, dispensando favores a los mortales, sufro ahora el yugo de este suplicio. Tomé en hueca caña la furtiva chispa, madre del fuego; lució, maestro de toda industria, comodidad grande para los mortales; y de esta suerte pago la pena de mis delitos, puesto al raso y en prisiones. ¡Ay de mí! ¿Qué rumor,

qué invisible perfume me envuelve con sus alas? ¿Es divino o mortal, o uno y otro? ¿Viene a esta postrera roca de espectador de mis males, o qué quiere en fin? ¡Miradme encadenado, dios infeliz, enemigo de Zeus, hecho el odio de cuantos pisan su estancia, por mi estremado amor a los mortales! ¡Ah! ¿Qué ruido de aves oigo otra vez junto a mí? Susurra el aire con el leve meneo de sus alas. Cuanto se me acerca póneme espanto.

HERMES. A ti, embaidor, lleno de hiel; pecador contra los dioses, que entregas sus honores a los seres de un día; a ti ladrón del fuego, a ti es a quien me dirijo. Padre manda que digas qué bodas son esas por las cuales ha de caer del imperio. Y esto sin enigmas, antes explicándolo punto por punto. No me obligues a segundo viaje, Prometheo, que bien ves que no es con estos modos como Zeus se ablanda.

PROME. Gravemente hablado está el discurso y lleno de arrogancia como del ministro de los dioses. Nuevo sois; como nuevos mandáis, y creéis habitar fortaleza que el dolor no ha de asaltar nunca. Pues ¿no sé yo de dos tiranos que han caído de ella? Y todavía he de ver al tercero, al que ahora manda, y bien pronto y con mayor ignominia. ¿Parécete que tiemblo a los nuevos dioses; que menguado he de bajarme a ellos? Muy lejos estoy de eso. Vuelve pies atrás por el camino que viniste, pues nada de lo que quieres averiguar has de saber.

HERMES. Con esos fieros te acarreaste ya esta desgracia.

PROME. Ten por cierto que no trocaría yo mi desdicha por tu servil oficio; que juzgo por mejor servir a esta roca que no ser dócil mensajero de Zeus tu padre. Así es razón que con ultrajes se responda a quien nos ultraja.

HERMES. Paréceme que te recreas con tu presente fortuna.

PROME. ¡Que me recreo! ¡Que no viera yo recrearse así a todos mis enemigos! Y a ti entre ellos.

HERMES. Pues qué ¿a mí también me culpas de tus infortunios?

PROME. En una palabra: yo abomino a todos esos dioses que colmados por mí de beneficios, tan inícuamente me pagan.

HERMES. Ya veo que grave dolencia te hace perder la razón.

PROME. Adolezca yo si es dolencia odiar a los enemigos.

HERMES. Dichoso, serías intolerable.

PROME. ¡Ay de mí!

HERMES. Palabra es esa que Zeus no conoce.

PROME. Pero el tiempo va envejeciendo y enseñándolo todo.

HERMES. Y sin embargo todavía no has aprendido tú a ser prudente.

PROME. Cierto, que entonces no te dirigiera yo la palabra, siervo.

HERMES. ¿No piensas decir nada de lo que padre desea?

PROME. Y en verdad que debiéndole tanto, debería corresponder al beneficio.

HERMES. ¿Te burlas de mí como si fuese un niño?

PROME. Pues qué ¿no eres tú un niño, y aún más cándido todavía, si esperas que has de saber algo de mí? No hay tormento ni artificio con que Zeus me reduzca a hablar, si antes no suelta estas afrentosas cadenas. Por tanto, que caiga sobre mí la llama abrasadora y la nieve de candidas alas; que ruján los truenos habitantes de las entrañas de la tierra; que todo se conmueva y se confunda todo, que nada me doblará para que declare a cuyas manos ha de caer Zeus de su tiranía.

HERMES. Considera tú si eso puede remediarte.

PROME. De antes está todo ello visto y determinado.

HERMES. Ante los males presentes resuélvete, temerario; resuélvete a pensar cuerdo una vez siquiera.

PROME. En vano me importunas exhortándome; como si hablases a las ondas del mar. Que jamás se te ponga en mientes que por temor a sentencias de Zeus me he de hacer de ánimo femenino y he de tenderle las manos como una mujer, suplicando a

ese aborrecidísimo que me suelte de estas cadenas. Lejos de mí eso.

HERM. Mucho he hablado, lo sé, y que hablaré en vano, porque tu corazón no se conmueve ni ablanda con ruegos, antes como potro recién puesto al yugo, así tú tascas el freno, y te resistes violento y forcejas contra las riendas. Pero en vano sacas fuerzas de tu necio consejo; menos que nada puede la pertinacia del desaconsejado. Considera qué tempestad y grande ola de males caerá sobre ti sin remedio, de no rendirte a mis razones. Hará padre saltar en pedazos esa áspera cumbre con la fulmínea llama en medio del estampido del trueno, y sus despojos cubrirán tu cuerpo y te estrecharán con pesados y roqueros brazos. Después de largo espacio de tiempo volverás a la luz; pero el can alado de Zeus, el águila carniceira vendrá a ti, convidado importuno, todos los días, y voraz te arrancará la carne a pedazos, y se cebará con el negro manjar de tus hígados. Y no esperes el fin de este suplicio hasta que un dios no se presste a sustituirte en tus trabajos, y quiera bajar a la obscura morada de Ades y a las caliginosas profundidades del Tártaro. Con que así, determina. No es esto fingida baladronada, sino dicho muy de veras; que la boca de Zeus no sabe decir mentira, y todas sus palabras se cumplen. Mira bien, pues, en rededor tuyo, y reflexiona, y no tengas nunca la arrogancia por mejor que la prudencia.

.....
PROM. Ese ha vociferado su embajada a quien ya la sabía. Pero en que un enemigo padezca malamente bajo el poder de su enemigo, no hay afrenta. ¡Caiga, pues, sobre mí el afilado rizo del fuego: conmuévase el éther con el estampido del trueno y el huracán de los vientos desatados; que la tormenta sacuda la tierra en la raíz misma de sus hondos cimientos; que invadan las olas del mar con bárbara furia los celestes caminos de los astros; que arrastre mi cuerpo el irresistible torbellino de la Necesidad hasta el fondo

del negro Tártaro! ¡Como quiera no podría darme la muerte!

HERM. ¡Ésas son las palabras y razones que es posible oír de los mentecatos! ¿Qué le falta a tu demencia? ¿Por ventura a tratarte mejor se calmarían tus furiosos? Pero a lo menos vosotras, que os doléis de sus miserias, alejaos de estos lugares al punto. El horrendo rugir del trueno os dejaría atónitas.

HERM. Pues acordáos de lo que a tiempo os he advertido, y cuando os asalte el mal, no acuséis a la fortuna, ni digáis jamás que Zeus os hirió con improviso golpe. En verdad que no, sino vosotras mismas, que a ciencia cierta, y no a deshora ni con cautela, seréis cogidas por vuestra locura en la red del infortunio, de la cual nadie se desenvuelve.

(Vánse Hermes y las Océánidas.)

PROM. Ya las palabras son obras. La tierra se agita, y el eco del trueno ruge en sus hondas entrañas; y las inflamadas vueltas del rayo fulguran en el aire; y el polvo se levanta en revuelto torbellino; y los ímpetus todos de los vientos se desatan, y en encontrados soplos se chocan con porfiada pelea; y el mar y el aire se encuentran y confunden. Contra mí a no dudar, y de parte de Zeus, viene esta furia poniendo espanto. ¡Oh deidad venerada de mi madre! ¡oh éther, que haces girar la luz común para todos, viéndome estáis cuán sin justicia padezco!

ASCHYLO.



INDICE

Cuatro palabras.....	3
Doña Perfecta (Pérez Galdós).....	9
El Nido (Alvarez Quintero).....	17
El Primo Román (Benavente).....	23
El Gran Galeoto (Echegaray).....	29
La Escuela de las coquetas (B. de la Vega).....	38
La Comedia nueva (Moratin).....	46
Frou-Frou (Meilhac y Halevy).....	49
El Guante (Bjoernson).....	53
El Guante (Id.).....	56
Almas solitarias (Hauptman).....	62
Almas solitarias (Id.).....	66
Hedda Gabler (Ibsen).....	69
El Pato silvestre (Id.).....	75
Casa de muñeca (Id.).....	79
La Gioconda (D'Annunzio).....	88
Las Cumbres de la gloria (J. Urueta).....	98
La Carne (J. J. Gamboa).....	101
El Mañana (A. Cuevas).....	102
¡Indisoluble! (M. Dávalos).....	117
Así pasan (Id.).....	114
Los Intereses creados (Benavente).....	118
La Conjuración de Fiesco (Schiller).....	121
María Estuardo (Id.).....	125
Romeo y Julieta (Shakespeare).....	131
La Fierecilla domada (Id.).....	135
Hamlet (Id.).....	139
Los Intereses creados (Benavente).....	145
Marco Bruto (Quevedo).....	146
El Rómulo (Id.).....	148
La Sirena negra (Pardo Bazán).....	151
El Mentiroso (Moliere).....	155